

UN GRAN MONSTRUO NIVELADOR. POR ORIOL PÉREZ TREVIÑO

👤 Jose 🕒 octubre 31, 2020 📁 Entre clásicos

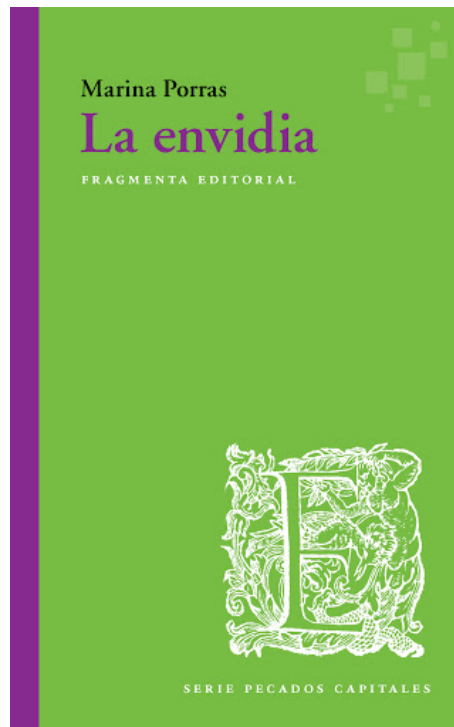
Domingo, 1 de noviembre de 2020

Hace muchos años, me atrevería a decir que cerca de veinte, tuve ocasión de conocer por primera vez al excelso y docto pianista Josep Colom. Fue con motivo de una entrevista que le hice el mismo día del concierto que interpretó en Manresa con la integral de los *Preludios* de F.Chopin, en unos años, que la capital del Bages, a nivel musical, era algo dentro del mapa musical de Catalunya. Hablar, hoy por hoy, en lo que se ha convertido la programación musical en la Catalunya Central, fuera del Festival de Sant Fruitós de Bages, es un ejercicio de beneficencia e indigencia moral a partes iguales que el firmante no está dispuesto a realizar. Y menos cuando hace veinte años, de la mano de la Fundació CaixaManresa y de su secretario, el amigo Jaume Torras i Rodergas, se era capaz de urdir, por ejemplo, una programación con un ciclo de cuatro pianistas durante un mes, donde además del citado Colom, se pudieron escuchar a Ramon Coll, Miquel Farré y Antoni Besses. Esto pasaba en la mítica sala de la Plana de l'Om donde, en otras ocasiones vimos pasar a un jovencísimo violinista Emilio Moreno, que recuerdo nos hizo conocer la maravillosa música de Johann Schobert, Jordi Savall, Josep Borràs, Romà Escalas, Vicente López, Montserrat Torrent, Vicenç Prats, el Jess Trio de Viena, Pedro Iturralde...

Volviendo a Colom, puedo asegurar que a pesar de no conocerlo, la verdad era como si ya fuera un poco de casa. ¿Por qué? Por la casualidad que, en su momento, él y mi padre habían coincidido en el servicio militar y, en casa, se hablaba a menudo de Colom. Como uno es un poco demasiado junguiano o se cree algunas ideas expuestas por Jorge Luis Borges, no puedo dejar de pensar en la existencia de una secreta forma del tiempo, un dibujo de líneas que se va repitiendo donde, sin ir más lejos, las líneas de las manos podrían ser una especie de mapa personal. Otros lo han teorizado como una historia decimal (Nicolas de Condorcet) o como morfologías (Spengler, Toynbee o Alexandre Deulofeu). Todo lo que nos pasa, así, resulta ser por alguna causa que sólo el propio transcurrir de la vida nos acabará descifrando su porqué. Quizás sea por eso que uno no puede dejar de tener sospechas del porque ha acabado conociendo, y porque esconderlo compartiendo amistad y algún que otro proyecto, con un ex compañero de servicio militar de mi padre.

Si esto no es así me importa más bien poco porque lo que hablamos, en la agradable conversación realizada después del concierto de hace ya veinte años e ir a tomar un refresco acompañados de Miquel Farré, lo he recordado siempre. Como también que ellos tenían una partida de ajedrez en la mitad y en la

que estaba ganando Colom, aunque Farré es un maestro del ajedrez. Y también como hablamos de uno de los pecados capitales más habituales y comunes en nuestra especie humana: la envidia.



La joven ensayista Marina Porras (1991) ha sido la encargada de sumergirse en dicho pecado capital dentro de la serie «*Pecados Capitales*» que ha impulsado Fragmenta Editorial. Con una inteligencia admirable y una prosa clara y diáfana, lo primero que nos sorprende es el haberse atrevido, y además con éxito, con un pecado capital del que ella sólo conocía, inicialmente, por su asistencia a una representación de *Els Pastorets*, aquella obra teatral de Josep M. Folch i Torres que, para una conocida periodista manresana, es una de las cimas de la literatura de todos los tiempos.

No me atrevería a decir que Folch i Torres sea una de las literaturas más excelsas ni tan siquiera del canon literario catalán, pero a buen seguro sí lo es la de Mercè Rodoreda (1908-1983) de la que Porras es una gran estudiosa, hasta el punto que ha sido capaz, en su libro, de hacer una lectura y aproximarse a dicho pecado capital. Esto no significa que no tenga ocasión de hacer un pequeño repaso por lo dicho sobre la envidia en otros autores de la literatura universal (Balzac, Valéry, Dante, Cervantes) o de la filosofía (Nietzsche, Kierkegaard), pero por encima de todo hace una verdadera aportación personal sincera y transparente. Esto es: a partir de lo que ella misma ha vivido en sus veintinueve años y de lo que, por ahora, constituye uno de sus temas intelectuales predilectos como lo es la literatura de Rodoreda.

En este pequeño e intenso ensayo, se logra lo mismo también alcanzado por Raül Garrigasait en su ensayo sobre la ira: transformar la lectura en un verdadero ejercicio interior, de y para el alma. Y ya no tanto por la vía de la reflexión del discurso global, al final de haber leído el ensayo, sino por un asalto continuo de chispas iluminadoras para nuestra conciencia. Iluminaciones como la división de los pecados

capitales en «pecados corporales», provenientes del «corazón caliente» y que son la lujuria, la ira y la gula que, en el fondo, no son más que una expresión de la pasión física, respecto de aquellos procedentes del cerebro como lo son la avaricia, la soberbia, la pereza y, por supuesto, este gorgojo del alma.

No hace falta decir que una persona joven y brillante como lo es Marina Porras, y a la que no conozco absolutamente de nada, a buen seguro ya ha experimentado aquello que *«los envidiosos respiran en el dolor de los demás»*, diciéndolo con palabras de Lord Byron y experiencia recogida en la bellísima palabra germánica, inexistente, en catalán: *Schadenfreude*. La satisfacción al ver los problemas o las humilaciones del otro. Quizás la mejor aproximación de ésta me la definió, si no recuerdo mal, el compositor catalán Enric Palomar, hoy residente en Berlín: *«En España a algunos les gustan los toros y los toreros, pero a todos, incluso a algunos taurinos, todavía más cuando el toro cornea al torero»*. Puedo dar fe de ello. Y en Catalunya es una pasión.

Es por ello que Porras no puedo dejar de escribir como *«en Catalunya se premia la mediocridad defendiendo el discurso de la igualdad»* o bien, parafraseando Nietzsche, *«buscar el mal ajeno es una manera de curar la herida que produce el sentimiento de inferioridad y de impotencia, en la medida en que se vive como un restablecimiento de la posición de superioridad»*. Quizá sin saberlo, la joven ensayista con una frase ha cartografiado la psique colectiva catalana de los últimos años. Y es que, ciertamente, *«la envidia, en Catalunya, es un gran monstruo nivelador»*.

Oriol Pérez Treviño

UN GRAN MONSTRE ANIVELLADOR

Diumenge, 1 de novembre de 2020

Fa molts anys, m'atreviria a dir que prop d' una vintena, vaig tenir ocasió de conèixer per primera vegada a l'excels i docte pianista Josep Colom. Va ser en motiu d'una entrevista que li vaig fer el mateix dia del concert que va interpretar a Manresa amb la integral dels *Preludis* de F.Chopin, en uns anys, que la capital del Bages, a nivell musical, era alguna cosa dins el mapa musical de Catalunya. Parlar, ara per ara, amb el que s'ha convertit la programació musical a la Catalunya Central, fora del Festival de Sant Fruitós de Bages, és un exercici de beneficiència i indigència moral a parts iguals que el sotasignat no està disposat a fer. I encara menys quan fa vint anys, de la mà de la Fundació CaixaManresa i del seu secretari, l'amic

Jaume Torras i Rodergas, s'era capaç d'ordir, per exemple, una programació amb un cicle de quatre pianistes durant un mes, on a més del citat Colom, es van poder escoltar a Ramon Coll, Miquel Farré i Antoni Besses. Això passava a la mítica sala de la Plana de l'Om on, en altres ocasions vam veure passar a un joveníssim violinista Emilio Moreno, que recordo ens va fer conèixer la meravellosa música de Johann Schobert, Jordi Savall, Josep Borràs, Romà Escalas, Vicente López, Montserrat Torrent, Vicenç Prats, el Jess Trio de Viena, Pedro Iturralde...

Tornant a Colom, puc assegurar que malgrat no coneixe'l, la veritat era com si ja fos una mica de casa. Per què? Per la casualitat que, en el seu moment, ell i el meu pare havien coincidit al servei militar i, a casa, es parlava sovint del Colom. Com que un és una mica massa junguà o es creu algunes idees exposades per Jorge Luis Borges, no pot deixar de pensar en l'existència d'una secreta forma del temps, un dibuix de línies que es va repetint on, sense anar més lluny, les línies de les mans podrien ser una espècie de mapa personal. Altres ho han teoritzat com una història decimal (Nicolas de Condorcet) o com morfologies (Spengler, Toynbee o Alexandre Deulofeu). Tot el que ens passa, així, resulta ser per alguna causa que només el propi transcórrer de la vida ens acabarà desxifrant el seu perquè. Potser sigui per això que un no pot deixar de tenir sospites del perquè ha acabat coneixent, i perquè amagar-ho compartint amistat i algun que altre projecte, amb un excompany de servei militar del meu pare.

Si això no és ben bé així, m'importa més aviat poc perquè el que vam parlar, en l'agradable conversa feta després del concert d'ara ja fa vint anys i en anar a prendre un refresc acompanyats de Miquel Farré, ho he recordat sempre. Com també que tenien una partida d'escacs a la meitat i en la que estava guanyant Colom, malgrat que Farré és un mestre dels escacs. I que vam parlar d'un dels pecats capitals més habituals i comuns a la nostra espècie humana: l'enveja.

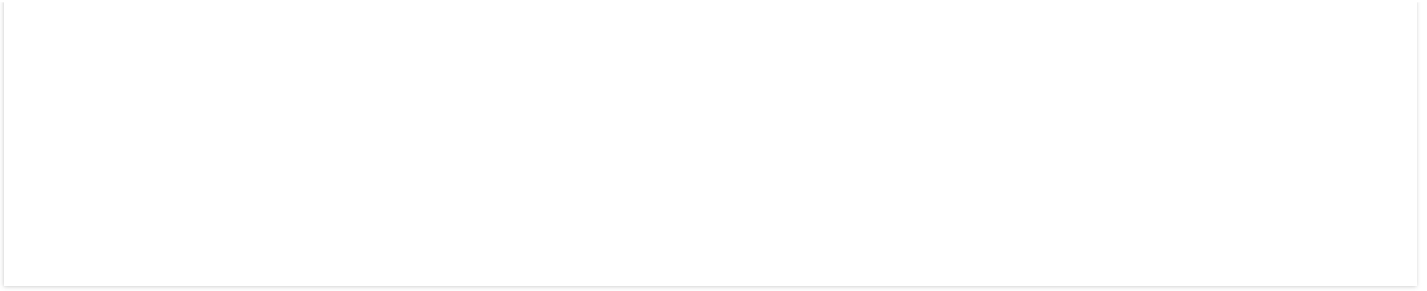
La jove assagista Marina Porrás (1991) ha estat l'encarregada de submergir-se en l'esmentat pecat capital dins de la sèrie «Pecats Capitals» que ha impulsat Fragmenta Editorial. Amb una intel·ligència admirable i una prosa clara i diàfana, el primer que ens sorprèn és l'haver-se atrevit, i a més amb èxit, amb un pecat capital del que només ella coneixia, inicialment, per la seva assistència a una representació dels *Pastorets*, aquella obra teatral de Josep M. Folch i Torres que, per a una coneguda periodista manresana, és un dels cims de la literatura de tots els temps.

No m'atreviria a dir que Folch i Torres sigui una de les literatures més excelses ni tan sols del cànon literari català, però a ben segur sí que ho és la de Mercè Rodoreda (1908-1983) de la que Porras n'és una gran estudiosa, fins al punt que ha estat capaç, en el seu llibre, de fer-ne una lectura i aproximar-se al citat pecat capital. Això no significa que no tingui ocasió de fer un petit repàs d'allò dit sobre l'enveja en altres autors de la literatura universal (Balzac, Valéry, Dante, Cervantes) o de la filosofia (Nietzsche, Kierkegaard), però per sobre de tot fa una veritable aportació personal sincera i transparent. Això és: a partir del que ella mateix ha viscut en els seus vint-i-nou anys i del que, ara per ara, constitueix un dels seus temes intel·lectuals com ho és la literatura de la Rodoreda.

En aquest petit i intens assaig, s'assoleix allò mateix també assolit per Raül Garrigasait en el seu assaig de *La ira*: transformar la lectura en un veritable exercici interior, de i per a l'ànima. I ja no tant per la via de la reflexió del discurs global, a la fi d'haver llegit l'assaig, sinó per un assalt continu d'espurnes il·luminadores per a la consciència. Il·luminacions com ara la divisió dels pecats capitals en «pecats corporals», provinents del cor calent i que són la luxúria, la ira i la gola i que, ben mirat, no són més que una expressió de la passió física, respecte els provinents del cervell com l'avarícia, la supèrbia, la mandra i, és clar, aquest corc de l'ànima.

No cal dir que una persona jove i brillant com és Marina Porras, i a qui no conec absolutament de res, a ben segur ja ha experimentat allò que «els envejosos respiren en el dolor dels altres», dient-ho amb paraules de Lord Byron i que és una experiència recollida en la bellíssima paraula germànica, inexistent, en català: *Schadenfreude*. La satisfacció de veure els problemes o les humiliacions en l'altre. Potser la millor aproximació la va dir, si no recordo malament, el compositor català Enric Palomar, avui resident a Berlin: «A Espanya a alguns els hi agraden els toros i els toreros, però a tots, fins i tot alguns taurins, encara més quan el toro corneja al torero». En puc donar fe. I a Catalunya això és una passió.

És per això que Porras no es pot estar d'escriure com «a Catalunya es premia la mediocritat defensant el discurs de la igualtat» o bé, parafrasejant Nietzsche, «buscar el mal dels altres és una manera de curar la ferida que produeix el sentiment d'inferioritat i d'impotència, en la mesura que es viu com un restabliment de la posició de superioritat». Potser sense saber-ho, la jove assagista amb una frase ha cartografiat la psique col·lectiva catalana dels darrers anys. I és que, certament, «l'enveja, a Catalunya, és un gran monstre anivellador».



[AVISO LEGAL](#) [PRIVACIDAD](#) [COOKIES](#) [CONTRATACIÓN](#) [CONTACTO](#)

